

Por medio de lo humano

Don Giussani "Por qué la Iglesia" Tercera parte, Capítulo 1

Hemos visto que lo que caracteriza el misterio cristiano es la revelación de que Dios se comunica a la humanidad precisamente por medio del hombre, a través de la vida humana.

Quisiera citar, a título de ejemplo y para confirmar esta primera identificación nuestra del problema, algunos pasajes del Nuevo Testamento.

Resulta significativo el trozo de la carta de Pablo a los fieles de Salónica en el que expresa del siguiente modo su satisfacción por la respuesta que había dado aquella comunidad a su predicación. «También damos gracias a Dios continuamente porque habiendo recibido de nosotros la palabra divina que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre sino como lo que es verdaderamente, como palabra de Dios, que obra eficazmente en vosotros que creéis»¹. Pablo describe el fenómeno con gran precisión: una palabra divina que se comunica por medio de la voz de un hombre, palabra de Dios dicha por un hombre y recibida como lo que verdaderamente era, como palabra de Dios viva, activa y creativa en la existencia de los hombres.

Siempre Pablo, en otra carta suya, no deja de subrayar que semejante palabra es hasta tal punto humana, como vehículo, que puede incluso presentarse totalmente desprovista de fascinación alguna, carente de toda sagacidad. «Yo, hermanos -admite el apóstol-, cuando vine a vosotros no me presenté a anunciaros el testimonio de Dios con sublimidad de elocuencia o de sabiduría [...] Yo me presenté entre vosotros con debilidad, temor y mucho temblor; y mi palabra y mi predicación no se basaron en persuasivos discursos sapienciales, sino en la manifestación del Espíritu y de su poder, para que vuestra fe no se apoyara en la sabiduría humana sino en el poder de Dios»².

Y en la carta que escribirá a los cristianos de Éfeso, atribuida a la época de su primer período de prisión en Roma, insistirá: «A mí, que soy el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles las insondables riquezas de Cristo, y de hacer que resplandezca ante los ojos de todos qué es que nos dispensa el cumplimiento del misterio oculto desde antes de todos los siglos en la mente de Dios, creador del Universo»³.

Pablo era, por consiguiente, perfectamente consciente de la desproporción connatural que hay en el fenómeno de la Iglesia, la cual lleva su mensaje mediante el vehículo humano y, por lo tanto, está expuesta a todas las declinaciones posibles de las miserias de la humanidad, caso por caso, incluido el suyo. Así que la palabra humana puede carecer de toda elegancia, como él mismo sabía que le ocurría a la suya⁴.

¹ 1 Ts 2,13.

² 1 Cor 2,1.3-5

³ Ef 3,8-9.

⁴ Jean Daniélou comenta agudamente este mismo pasaje: «El menor.. San :v~ hablaba muy tnal, y en presencia de sus interlocutores, bien fuera por efecto de palabra o por falta de porte, no causaba ningún efecto. Los corintios seían de él que cuando estaba lejos hacía grandes discursos y luego, cuando estaba con ellos, parecía que no tenía nada que decir. No tenía, pues, particulares aptitudes. Todo lo contrario. El menor. A decir verdad, es el más pequeño, y puede ciertamente preguntarse por qué le ha elegido Dios. Después de todo importa poco; esto no le plantea ningún problema: ha sido elegido; es necesario que se lleve a cabo la misión [...] Está más tranquilo, si cabe, porque sabe que la cosa no viene de él, que no tiene que basarse en sí mismo, que immanentemente tiene todo en contra suyo:

Esa conciencia de la desproporción se ensancha todavía más en el bellissimo pasaje en el que Pablo traza algunos aspectos de la existencia humana de los evangelizadores por aquellos tiempos de las primeras comunidades: «Porque considero que Dios a nosotros, los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, pues nos hemos convertido en espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros somos necios por causa de Cristo, vosotros sabios en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; a vosotros se os honra, a nosotros se nos desprecia. Hasta el momento hemos pasado hambre, sed, desnudez, somos abofeteados, andamos vagando de un lado para otro y penamos trabajando con nuestras manos: insultados, bendecimos; perseguidos, soportamos; calumniados, consolamos; hemos venido a ser hasta ahora como la basura del mundo, el desecho de todos»⁵

Y, sin embargo, estos mismos evangelizadores, dice siempre Pablo, hacen «resplandecer el conocimiento de la gloria divina que brilla en el rostro de Cristo. Pero -sigue diciendo- llevamos este tesoro en vasos de barro, para que se vea que el poder extraordinario viene de Dios y no de nosotros. Pues estamos acosados por todas partes, pero no aplastados; estamos desconcertados, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no muertos»⁶.

Encontramos aquí delineada nuevamente una conciencia bien clara de su incapacidad, de su humanidad llena de límites, absolutamente desproporcionada con aquello de lo que, a pesar de todo, era instrumento. Ahora bien, como Pablo comenta en este pasaje, esa humanidad fragilísima está destinada a que resulte evidente la sublimidad de un poder, el carácter invencible de una presencia que, sin duda alguna, tiene que ser reconocida como algo que no viene de nosotros, pero que usa de nosotros y que ha comenzado a cambiar el mundo de manera irresistible.

Además, en la segunda parte del pasaje, aparece también la tensión existencial ligada al hecho de vivir una paradoja: una debilidad y una fuerza contemporáneas; paradoja cuyos dos elementos contrastantes son, por lo tanto, ineliminables. Charles

Péguy utiliza una expresión estupenda para encarnar esa paradoja. Pone en boca de uno de sus personajes esta frase: «Todos los santos han llevado siempre en los pliegues de sus mantos la gloria de Dios»⁷. El tesoro en los vasos corrientes de barro, la gloria que anida en los pliegues de un manto, son imágenes que quieren sugerirnos el carácter irrenunciable de la tensión cristiana cuyo símil más potente es la figura paulina del atleta en plena carrera: «¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, pero sólo uno conquista el premio? ¡Corred también vosotros de mera que lo alcancéis! Pero los atletas son sobrios en todo»⁸

Así, pues, los primeros que extendieron el cristianismo por el mundo tenían la conciencia clara de ambas cosas, tanto de que lo divino resplandecía en el mundo por medio de lo que decían y hacían como de que estaban desprovistos de palabras brillantes, sus gestos eran frágiles, sus personalidades inadecuadas y su

él, judío, debía dirigirse a los roma- ~s y a los griegos; él, un hombre sin salud y enclenque (pues tenía que sopor- una enfermedad misteriosa, quizá nerviosa) debía afrontar las travesías más --ligrosas y pasar *su* vida por *los* caminos~~ (J. Daniélou, *El misterio de Ict histo-~.~*. Dinor, San Sebastián 1963, cf. tr. pp. 369-370

⁵ 1 Cor 4, 9-13

⁶ 2 Cor 4,6-9.

⁷ Ch. Péguy, *El misterio de la caridad de Juana de Arco*, Ed. Encuentro, Madrid 1978, p. 137.

⁸ 1 Cor 9, 24-25

condición humana mezquina. Pero esto no les hacía ser resignados y aquiescentes, sino gente que estaba fieramente en carrera, cotidianamente en lucha, constantemente tendiendo al don de la salvación.

Además de que los personajes a través de los cuales se comunica Dios aparecen llenos de modestia humana, en la misma vida de las primeras comunidades cristianas se nos recuerda que el encuentro del hombre con Dios -el aspecto mayor del problema de la vida- y la participación en su ser se realiza de manera suma en una circunstancia que podríamos llamar vulgar: una cena normalísima, una sencilla comida corriente era el ámbito en el que se producía la implicación más profunda y misteriosa con el Señor. La comunicación de la vida divina con sus dones pasaba a través de consumir el pan y el vino. La sensación de banalidad que puede experimentar el hombre ante semejante práctica no es cosa indiferente; el hombre puede descubrir una resistencia sutil ante ese método misterioso, que pertenece a Dios por entero, de querer pasar a través de lo humano (¡cuando él tiende a calificar como divino su propio pensar y obrar!).

Y todavía más: hasta la palabra que perdona el pecado (¿y quién puede perdonar el pecado sino Dios?) es palabra de hombre, incluso el perdón pasa a través de una miserable voz humana: «A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos»⁹.

No es tan fácil caer existencialmente en la cuenta de que el problema de la Iglesia es precisamente éste: que Dios *quiere* pasar a través de la humanidad de aquellos a quienes ha aferrado con el Bautismo.

Veamos cómo expresa Péguy este método inimaginable de Dios:

«Milagro de milagros, hija mía, misterio de misterios.

Porque Jesucristo se hizo nuestro hermano carnal

Porque pronunció temporal y carnalmente las palabras eternas

In monte, en la montaña,

Se nos ha dado a nosotros débiles,

Depende de nosotros, débiles y carnales,

El hacer vivir y alimentar y conservar vivas en el tiempo

Esas palabras pronunciadas vivas en el tiempo.

Misterio de misterios, se nos ha otorgado ese privilegio,

Ese privilegio increíble, exorbitante,

De conservar vivas las palabras de vida,

De alimentar con nuestra sangre, con nuestra carne, con nuestro corazón

Estas palabras que sin nosotros caerían descarnadas.

[...]

Oh miseria, oh dicha, de nosotros depende,

Temblor de gozo,

Nosotros que no somos nada, que pasamos en la tierra unos años de nada,

Unos pobres años miserables,

(Nosotros almas inmortales),

Oh riesgo, peligro de muerte, estamos encargados,

Nosotros que no podemos nada, que no somos nada, que estamos seguros del mañana,

Ni del hoy mismo, que nacemos y morimos como criaturas de un día,

Que pasamos como mercenarios,

⁹ Jn 20, 23

Precisamente nosotros estamos encargados,
Nosotros que en la mañana no estamos seguros de la tarde,
Ni aún del mediodía,
Y que en la tarde no estamos seguro de la mañana,
De mañana en la mañana,
Es insensato, precisamente nosotros estamos encargados, sólo de nosotros depende
El asegurar a las Palabras una segunda eternidad
Eterna.
Una perpetuidad singular.
Nos corresponde, de nosotros depende asegurar las palabras
Una perpetuidad eterna, una perpetuidad carnal,
Una perpetuidad alimentada de carne, de grasa y de sangre.
Nosotros que no somos nada, que no duramos,
Que no duramos por así decir nada
(Sobre la tierra)
Es insensato, precisamente nosotros estamos encargados de conservar y de alimentar
eternas

En la tierra

Las palabras dichas, la palabra de Dios»¹⁰.

Es necesario darse cuenta de que lo que hemos dicho hasta ahora, -que el fenómeno Iglesia se caracteriza porque con él lo divino ha decidido utilizar lo humano como método para comunicarse - implica aceptar que ello forma parte imprescindible de la definición de la Iglesia. Es casi obvio que pueda parecer absurdo dada la limitación humana; pero si se reconoce que ella se define de este modo, ninguna objeción al cristianismo podrá en buena lógica tomar como motivo o pretexto la desproporción, la inadecuación o el error de la realidad humana que forma la Iglesia. Así como, viceversa, el hombre cristiano, si lo es, tampoco podrá usar como coartada sus propios límites, pues ya de antemano está claro que límites los habrá: como hemos visto en la actitud de san Pablo, el cristiano, al tiempo que tiende todo él a pedir el bien al Señor, es sincero y juzga con dolor su propia incapacidad, de la que, no obstante, Dios se sirve.

Quisiera formular ahora algunos corolarios que se derivan de lo expuesto hasta aquí, justamente para afrontar más de cerca las implicaciones que tiene el hecho de que la Iglesia sea una realidad humana, instrumento a la vez de lo divino. Insisto en proponer esta ayuda con el fin de adoptar la postura más adecuada a la hora de juzgar el problema cristiano.

En resumen: dado que la Iglesia es una realidad humana se pueden encontrar en ella hombres indignos, padres incapaces, hijos rebeldes, mentirosos, vividores; y prolongar la lista basándonos simplemente en las largas relaciones de faltas graves que se encuentran en los mismos documentos primeros del cristianismo. Pero si alguien quiere verificar la anunciada presencia de lo divino en esta miseria humana, no puede quedarse en la constatación aturdida de esa miseria y decir: lo divino no puede estar aquí. Tendrá que adoptar otro criterio, porque ninguna clase de miseria podrá anular el carácter paradójico del instrumento que Dios ha elegido.

¹⁰ Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Ed. Encuentro, Madrid 1989, pp. 78-80